

Reseñas de libros e informes / Books and Reports Reviews

El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo.

Silvia Federici. Madrid: Traficantes de Sueños, 2018

Maria Medina-Vicent

Universitat Jaume I

medinam@uji.es

El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo es ante todo un esfuerzo por recuperar los conceptos del pensamiento de Marx que pueden ayudar al feminismo a seguir articulando sus luchas en un contexto de capitalismo exacerbado. Silvia Federici abre esta reflexión reivindicando algunas ideas clave de la filosofía marxiana: la historia entendida como un proceso de lucha de clases, la concepción de la naturaleza humana como el resultado de las relaciones sociales y el concepto de trabajo humano como la fuente de la acumulación del sistema capitalista. Sin embargo, esta tarea de recuperación implica también señalar uno de los olvidos más importantes de Marx, esto es, el análisis del trabajo de reproducción, un límite que muestra la incapacidad de dicho autor “para ver más allá de la fábrica y entender la reproducción como un área de trabajo (y de trabajo sobre todo femenino)” (p. 16). Veamos, pues, cuál es el camino que traza la autora para reivindicar una mirada feminista marxista que transite del comunismo a los comunes.

En el primer capítulo, titulado “Contraatacando desde la cocina” (pp. 25-46), Federici identifica una tendencia histórica en la izquierda a relegar a ciertos grupos y sus luchas a un puesto secundario en pro de la “causa común”. Bajo esta lógica y mirada masculinizada, se dejan de lado la lucha feminista y las reclamaciones de aquellas mujeres cuyo trabajo es invisible para los flujos del capital. Por esta razón, señala la autora, es frecuente que las demandas del movimiento por el *Salario para el Trabajo Doméstico* (WfH) sean vistas como una traición por parte de la izquierda. Y es que, en gran

medida, “según la izquierda, como amas de casa, las mujeres no sufren el capital, sino que sufren por la ausencia del mismo” (p. 27), es decir, al no encontrarse dentro de los flujos mercantiles de producción, la situación de las mujeres no sería objeto de su reflexión. No obstante, Federici sostiene que la izquierda necesita percatarse de que el salario no ha sido solamente el instrumento a través del cual se ha garantizado la explotación de la clase obrera, sino también de los/as trabajadores/as no asalariados (p. 25), entre los que se encuentran de forma histórica las mujeres debido a su estereotípica asignación al ámbito privado y el trabajo doméstico.

De este modo, a través del movimiento *Salario para el Trabajo Doméstico*, donde encontramos a otras teóricas y activistas como Mariarosa Dalla Costa, Selma James y Leopoldina Fortunati, se evidencia cómo la falta de un salario pone en marcha todo un proceso de desvalorización y explotación legitimado por la invisibilidad de los grupos que llevan a cabo tareas como las de la reproducción. Así pues, si se entiende el salario como “la expresión de la relación de poder entre el capital y la clase trabajadora” (p. 29), reclamar un salario para el trabajo doméstico implica tratar de hacer visible la relación de poder que se reproduce en el trabajo que han desarrollado históricamente las mujeres en el hogar. En este sentido, la glorificación de la familia suele ser la base para legitimar la gratuitad de dicho trabajo, una lógica basada en el amor, el cuidado y el servilismo que ha mantenido a las mujeres sujetas a dichas tareas. Consecuentemente, la reclamación del salario para el trabajo

doméstico, a diferencia de lo que algunos/as críticos/as sostienen, no va en la línea de incluir a las mujeres en las relaciones salariales para ser explotadas, sino para visibilizar sus condiciones y liberarlas de ellas.

El segundo capítulo aborda “*El capital y el género*” (pp. 47-68), y aquí Federici trata de reconstruir la postura de Marx sobre la cuestión de género y la familia; eso sí, se ve obligada a hacerlo partiendo más de los silencios del autor, que de la referencia explícita que hace respecto a dichas cuestiones. Y es que, en gran medida, Marx naturalizó el trabajo doméstico e idealizó el trabajo industrial, centrándose en la figura del trabajador industrial asalariado y masculino (p. 49). Por esta razón, cuando Marx aborda la situación de las trabajadoras en el libro I de *El Capital*, se centra en las condiciones de trabajo de las mujeres en las fábricas durante la Revolución Industrial. Al incorporar a mujeres y niños al trabajo industrial, restando importancia a factores como la fuerza física o la especialización que antes resultaban tan determinantes, Marx consideraba que a la larga el capitalismo daría paso a relaciones de género más igualitarias.

No obstante, sus razonamientos sobre este tema dejan entrever cuatro ideas un tanto conflictivas si se analizan desde la mirada feminista; estas son: la idea de que las mujeres hasta la llegada de la fase industrial no habían contribuido a la producción social, la idea de que lo que antes limitaba su participación en el trabajo era la fuerza física, la concepción de la tecnología como un elemento vital para el salto de las mujeres a las fábricas, y la idea de que la fábrica es el lugar donde se produce la lucha anticapitalista por excelencia (p. 54). Quizás, señala Federici, parte de la falta de reflexión de Marx sobre el trabajo reproductivo sea el resultado de la práctica ausencia de dicho trabajo en la época que vivió, ya que todos los miembros de la familia proletaria trabajaban en las fábricas de sol a sol (p. 59), lo que produjo un progresivo abandono de las tareas domésticas por parte de las obreras. Sin embargo, Federici apunta también a un desinterés más profundo fruto de una naturalización y devaluación generalizada del trabajo reproductivo desarrollado por las mujeres.

El tercer capítulo aborda “La construcción del ama de casa a tiempo completo y del trabajo

doméstico en la Inglaterra de los siglos XIX y XX” (pp. 69-80), un proceso que da comienzo alrededor de 1840, cuando el gobierno de Gran Bretaña tuvo a bien mejorar las condiciones de vida de la clase obrera, después de las revueltas, el auge del carlismo y el unionismo, y el inicio del movimiento socialista (p. 70). En este momento, señala Federici, los intereses del hombre proletario y del capitalista coincidían en impulsar la salida de las mujeres de las fábricas por diversas razones. Así pues, se establecieron una serie de informes destinados a realizar una reforma que reparase la “crisis doméstica” que había provocado el trabajo de las mujeres en las fábricas, mujeres que por otro lado parecían estar cada vez más despegadas de su papel como madres y cuidadoras.

Así pues, los bajos salarios, las largas jornadas, la merma en la esperanza de vida, la elevada mortalidad infantil, fueron asociados al abandono del trabajo doméstico. Se recomendó la reducción de las jornadas de las mujeres e incluso el no contratarlas, algo que se ve reflejado en la *Mine Act* (1842), donde se prohíbe el trabajo de mujeres y niños/as en las minas. Este proceso supuso el aumento de los salarios de los hombres y la creación de un nuevo modelo de mujer que se había ido perdiendo conforme avanzaba la industrialización: el ama de casa. Otro proceso discursivo central para crear dicha figura fue el de contraponerla a la de la prostituta (p. 78). Se crearon así diferentes categorías de mujer, por un lado el ama de casa buena y laboriosa, y del otro, la malvada prostituta. Al mismo tiempo, el hombre pasó a ser el único sustentador de la familia y su salario y administración se convirtieron en razón de conflicto familiar. Además, Federici señala que dicho proceso trajo consigo algo más, esto es, las divergencias entre las reclamaciones e intereses de trabajadores y trabajadoras que llegan hasta nuestros días.

El último capítulo titulado “Marx, el feminismo y la construcción de los comunes” (pp. 81-112), pone en evidencia la necesidad de pensar desde Marx cualquier lucha que se considere anticapitalista. En esta línea, han sido diferentes las luchas que han establecido diálogos críticos con el pensamiento de Marx, desde los movimientos anticoloniales, hasta los ecologistas, pasando por los feministas, que son quizás los que han establecido

una crítica del marxismo más sistemática. Desde este prisma, Federici trata de revalorizar aquellos elementos imprescindibles para un programa feminista y para la política de los comunes, referida a las prácticas de los movimientos sociales alrededor del globo que buscan la cooperación social, el reparto de la riqueza, y debilitar el control de estados y mercado en nuestras vidas (p. 86). En el camino hacia el establecimiento de dichos programas, señala Federici, que se ha de rechazar tajantemente la idea marxiana de que el desarrollo capitalista favorece a la larga la autonomía y cooperación de los trabajadores. Además, una de las operaciones vitales que lleva a cabo la autora supone resituar el centro de gravedad del trabajo asalariado y la producción de mercancías, a la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, ya que realizar este desplazamiento supone desvelar todo un mundo de relaciones sociales y de poder que quedaba oculto en la obra de Marx.

En el camino hacia la formación de una sociedad comunista, Marx plantea el papel de la tecnología y las máquinas para la progresiva liberación de la clase trabajadora. Sin embargo, Federici aborda esta cuestión de forma crítica y desvela que esta fe marxiana en la tecnología no se sostiene en la actualidad, cuando vemos su impacto en el medioambiente y la sostenibilidad del planeta, así como el hecho de que la tecnología ha estado

en gran medida al servicio de los intereses de la clase capitalista. Puesta esta lógica bajo el prisma del feminismo, se desvela rápidamente que la fe en la tecnología no puede aplicarse al trabajo reproductivo, ya que este no puede ser mecanizado: ¿cómo se pueden mecanizar el cuidado, el amor y el cariño? Se trata de tareas de tal valor que no las puede realizar una máquina, y que suponen la gran totalidad de nuestras vidas.

En este sentido y ya en su reflexión final, Federici deja abierto el espacio para pensar el trayecto del comunismo a los comunes, que tiene en cuenta el reparto de la riqueza, la toma colectiva de decisiones y una revolución en la forma de relacionarnos como seres humanos y a nivel mundial en la época actual. La política de los comunes pone en valor los conocimientos y tecnologías de otras culturas y revela los potenciales peligros de una perspectiva universalista de los conocimientos. De este modo, realiza ciertas actualizaciones de la teoría marxiana de la sociedad comunista, siendo una de las más importantes la que tiene que ver con la forma de organización social. Es decir, la política de los comunes es una forma de organización donde el poder emerge desde abajo y es fruto de la crisis de la forma-Estado. Se trata pues, en esta obra de Federici, de establecer las bases desde una relectura crítica y feminista de Marx para fundar una nueva sociedad.

